

—A su lado la tiene, señor director.

—Gracias. Déjenos.

Continuó leyendo un legajo; con una de sus manos ensortijadas balanceaba unos lentes de oro. Sentados uno junto a otro, Baltasar y Calabacita no respiraban. Las trenzas de la joven parecían más rígidas bajo su toca. Ansiosamente escrutaba el rostro de Baltasar.

—¿Quién es Gourneuve?—murmuró éste en voz baja al oído de su compañera.

—¿Gourneuve?

—Sí; me acusan de ser su cómplice.

—No sé.

—¿Y la banda de los Mastropies? ¿Has oído hablar de ella?

—Nunca.

Yo tampoco dijo—; y no me explico por qué me meten preso.

Ella sacó un frasco de sales de la cartera y se lo ofreció. Baltasar lo rechazó; dispuesto a todas las luchas, armado de pies a cabeza, espiaba el ataque inminente del enemigo y miraba a aquella cabeza reluciente de cosmético. La raya, recta y regular, como la avenida de un parque, comenzaba en la nuca misma, dividía en el centro de la frente los dos arriates bien nivelados de la cabellera, pasaba por entre las cejas frondosas y se hun-

día en medio de una barba simétrica, recordada como un doble matorral.

El señor director levantó aquel armonioso conjunto y lo contempló en dos espejos, uno colocado ante él sobre un cabellete, el otro a su espalda, adosado a la pared, y que reflejaba las imágenes recogidas por el primero.

Luego, lentamente, paladeó unos sorbos de Oporto, y, sin abandonar el vaso, preguntó:

—¿Es usted el señor Baltasar?

La palabra "señor" llenó de contento a Baltasar y a Calabacita.

—Sí, señor director.

—¿Y la señorita?

—Es mi dactilógrafa. Nos han traído aquí a los dos por razones que ignoro, así como ignoro también por qué causa me meten en la cárcel.

Tras dos nuevos sorbitos, el director protestó.

—¡En la cárcel! ¡Pero si no está usted en la cárcel! Yo no soy un carcelero, sino un simple administrador, y en esta ocasión delegado del señor prefecto.

Era todo cortesía y amenidad. El orden de su peinado le imponía una continua benevo-

lencia: un hombre como aquél sólo podía decir cosas agradables.

Calabacita dejó escapar una ligera risa y Baltasar se tranquilizó. No se trataba, pues, de la cárcel ni de esposas y grilletes.

El señor director sorbió otro poco de Oporto, y, después de asegurarse, gracias al juego de espejos, de que su raya no había sufrido novedad, dijo pausadamente:

—Me permitirá usted que, en nombre del señor prefecto, le dirija algunas preguntas a las que tendrá la bondad de responder lo más claramente posible.

—¡Cómo no, señor director!

—Perfectamente. Procedamos con método. ¿Es cierto que vive usted, como dice el informe, al otro lado de las fortificaciones... en la choza de "Las Danaides"?

—Sí, señor director; en la villa de "Las Danaides".

—Efectivamente, la villa: eso he querido decir. ¿Y fué en esta villa donde recibió usted, en octubre último, la visita de un individuo bastante grueso, muy alto y que volvió por dos veces?

—Sí, señor; dos veces.

—¿No dijo su nombre?

—No lo dijo.

—¿Y cuál era el objeto de sus visitas?

—Buscaba la ocasión de hacer bien y me encargó de distribuir entre mis vecinos pequeños socorros.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿No ha vuelto usted a oír hablar de él?

—Nunca, señor director.

—¿Pero habrá usted reconocido su retrato en los periódicos?

—Yo no leo los periódicos.

—¿Nunca?

—Nunca.

—El informe da, efectivamente, ese detalle y señala a usted enteramente absorbido por sus trabajos de profesor.

—Enteramente absorbido—declaró Baltasar con convicción.

—Voy entonces a informar a usted. El individuo que fué a visitarle no era otro que Gourneuve, el jefe de la banda de los Mastropies y el salvaje asesino del conde de Coucy-Vendôme.

Baltasar dió un salto sobre su asiento.

—¿Qué dice usted, señor director?... El asesino... ¿este hombre? ¿Este individuo ha matado al conde?... ¿Es él el innoble asesino que mutiló...?

—El mismo—afirmó el señor director, siempre sonriente—. El caritativo incógnito que confiaba a usted el reparto de sus limosnas, se llamaba Gourneuve, y, si bien no lee usted los periódicos, no ignora usted los terribles delitos del criminal y de su banda. La detención de esos miserables constituye uno de los más resonantes éxitos de nuestra policía. Pero, antes de seguir adelante, olvidaba dos pequeñas formalidades indispensables a las cuales le ruego se preste.

—¡Cómo not—repitió Baltasar, quien sonreía también, feliz de ver que la tempestad parecía alejarse cada vez más.

Dos sorbos de Oporto, nueva revisión del peinado por medio del doble espejo, y el director continuó:

—Ante todo, una pregunta. ¿No tiene usted ningún documento de identidad?

—Sí, señor director; tengo documentos que atestiguan que soy conocido bajo el nombre de Baltasar.

—¿Pero ninguno que pruebe que ése es su nombre verdadero?

—Ninguno.

—En ese caso tenga la amabilidad de abrir el cuello de su camisa.

Baltasar experimentó cierta sorpresa; pero,

al igual que en casa del notario, no opuso resistencia alguna. Desabrochóse el cuello y aparecieron las tres letras.

—M. T. P.—dijo el director—. Esto es, la marca de los Mastropies.

—¿Cómo?—protestó Baltasar—; ¿la marca...?

—De los Mas-Tro-Pies. M. T. P.: éstas son las tres primeras letras de las tres sílabas terribles.

—Pero, señor director, yo le juro que esos bandidos me son completamente ajenos... que no he formado parte...

—Nunca lo hemos dudado, señor; las tres letras de su pecho significan una cosa bien distinta de una complicidad.

—¿Qué significan, señor director?

—Un hecho que va a confirmarnos la segunda prueba.

El director sacó de una cajita un tapón para sello, húmedo, y rogó a Baltasar que apoyara el dedo pulgar de la mano izquierda. Al mismo tiempo sacó del "Legajo Baltasar" una hoja de papel amarillento, roto en algunos sitios y donde figuraba el dibujo de una huella.

—La comparación es exacta—dijo al cabo de un instante—. Puede verlo usted mismo... usted también, señorita... No creo que pueda

alcanzarse un grado de certidumbre más irrecusable. Y dadas las tres letras M. T. P. que existen en su pecho, y que estas dos huellas son idénticas, tenemos el derecho de establecer que usted es hijo del asesino Gourneuve.

El director parecía orgulloso de sus deducciones, y como recompensa, apuró el resto de su copa de Oporto y se ofreció el espectáculo de su peinado, desde un extremo a otro de la raya.

En cuanto al efecto producido en Baltasar, ni siquiera se ocupó, pues estaba persuadido de que toda noticia transmitida por él, con su graciosa cordialidad, sólo podía suscitar impresiones de placer y gratitud.

Baltasar quedó inmóvil. Sólo un ligero movimiento de su busto hizo temer a Calabacita que iba a rodar bajo el choque de tal revelación, pero se contuvo. La filosofía cotidiana es de una amarga solidez que nos impide caer porque un pequeño soplo de nada nos pille de improviso. Y además, ¿es posible ser a un mismo tiempo hijo de uno y otro hombre? ¿Puede ser que se tenga a la vez por padre al asesino y al asesinado?

No había lugar a hacer tal pregunta. Baltasar, considerándose el último vástago de los

Coucy-Vendôme, no sentía el menor deseo de establecer entre él y el llamado Gourneuve lazo filial alguno. Así, pues, se limitó sencillamente, y más bien por deferencia al señor director, a preguntar:

—¿Tengo el derecho de pedir algunas explicaciones?

—Las explicaciones son inherentes a la tarea que tengo el gusto de desempeñar— contestó el amable funcionario—. Serán breves. Ved aquí, primeramente, una carta de Gourneuve al prefecto de policía, cuya conclusión no puede ser más categórica. "Por las indicaciones arriba citadas, ya sabe usted, señor prefecto, dónde y cómo hallar a mi hijo. Conoce usted los medios de identificarle (tatuaje de las tres letras y huella dactilar de su pulgar izquierdo). Igualmente conoce usted el nombre bajo el cual vive: Baltasar, y su nombre real: Gustavo Gourneuve. Realmente, sabe usted también que en recuerdo de las tres letras tatuadas en su pecho elegí por nombre de la banda, cuyo jefe soy, la designación de Mas-Tro-Pies. Cuando le haya hallado, digale, señor prefecto, el secreto de su nacimiento, pues yo no me he atrevido a revelárselo en persona. Igualmente le ruego le entregue esta fotografía, que es la de su ma-

dre, Angélica, la que después de mi ruptura con ella, hizose esposa legítima del señor Fridolin, saltimbanqui y luchador."

Baltasar osciló de nuevo en su silla. Las precisiones dadas por Gourneuve eran verdaderamente turbadoras. Sin embargo, se debatía.

—¿Qué es lo que prueba que esa carta...?

—¿Por qué iba a mentir Gourneuve?—interrumpió el señor director—. Todas sus palabras y actos la confirman. Sabemos, por las confidencias que hizo a su compañero de celda, que intentó varias veces ponerse en comunicación con usted. Parece ser que Gourneuve había substraído a su víctima un paquete de títulos, y que su obstinada intención era la de hacer conocer a usted el lugar en donde los había ocultado.

Una confusa claridad invadía el cerebro de Baltasar. ¿No había recibido acaso una comunicación? ¿No debía pensar que la llamada del notario era un hecho distinto a la misiva sellada y que él se habría equivocado atribuyendo a Coucy-Vendôme una carta escrita por Gourneuve después de su condena, y enviada valiéndose de alguna estratagema?

Su mirada se cruzó con la de Calabacifa. La misma idea había surgido en el cerebro

de la muchacha, y ambos se decían, además, que los cómplices de la banda habían debido sorprender una parte del secreto, puesto que días antes dos de entre ellos registraban la selva de Marly.

Baltasar murmuró:

—Es indispensable una entrevista entre Gourneuve y yo.

El señor director no pudo disimular su sorpresa.

—¿Una entrevista? Eso es imposible.

—¿Por qué razón?

—Pero, cómo, ¿no lo sabe usted?

—¿El qué, señor director?

—Pues que Gourneuve ha sido guillotinado la semana pasada.

Esta vez Baltasar flaqueó. Había resistido a la argumentación del funcionario, pero este nuevo ataque le pulverizaba. ¡Gourneuve, guillotinado! Este acontecimiento establecía de pronto el equilibrio entre las dos soluciones que se ofrecían a él con iguales probabilidades de verdad, puesto que uno y otro respondían a la predicción de la sonámbula. "Veo un hombre sin cabeza..." Gourneuve, guillotinado; Coucy-Vendôme, decapitado... ¡Qué visión de espanto y qué horrible coincidencial! Se desvanecía. Calabacifa acudió y le hizo

aspirar el frasco de sales, mientras explicaba al señor director:

—No es nada... El señor Baltasar está sujeto a estos desfallecimientos... La emoción... la alegría de saber ciertas cosas... Sufría demasiado al ignorar su verdadero nombre.

—Nosotros le ayudaremos en sus esfuerzos, señorita— exclamó el director con dolorosa simpatía—. Nosotros le facilitaremos todos los documentos necesarios para establecer su estado civil. Estoy completamente a su disposición...

A pesar de su cortesía, el señor director no gustaba de que le molestaran por mucho tiempo. Había notado cierto desorden en su peinado; así fué que en cuanto salió Baltasar de su desvanecimiento, les condujo hasta la puerta y entregó a Calabacita la fotografía de Angélica Fridolin, "saltimbanqui y domadora".

—Si su padre ha muerto, debe consolarse pensando que ha muerto valientemente; eso puede decirse al señor Baltasar. Su madre vive y debe ser una excelente y sensible mujer, a juzgar por este retrato... Mire usted, señorita... ¡Qué rostro más franco! ¡Qué decisión hay en su actitud de domadora! ¡Con qué energía amenaza al tigre con el látigo!

Las calles resplandecían bajo el sol, las gentes circulaban alegremente a lo largo de las aceras. Baltasar abandonó el brazo de Calabacita.

—Entremos en esta pastelería, ¿quieres, Calabacita?

Cuando se apoya uno en un cuerpo de doctrinas lógicamente coordinadas; cuando los hechos cotidianos se entrelazan en torno de una trama de filosofía práctica, y cuando se está perpetuamente en guardia, no se llega a perder nunca por entero el aplomo necesario. No hay miedo a caer en las emboscadas de una sensibilidad contenida, aunque siempre vibrante; nada prevalece contra el experimentado método de un Baltasar.

Se tragó media docena de pasteles y salió de la pastelería.

Calabacita, ávida de saber lo que debía pensar, espiaba las palabras del maestro. Este las pronunció con reflexivo tono:

—Confieso que los acontecimientos adquieren a veces la apariencia de la peor novela de aventuras. En verdad, que ojos mal habituados verían en lo que acontece extraordinarias peripecias, mientras que a mí me basta para colocar todas esas historias en su lugar adecuado y corriente, y para demostrarte una vez

más que ya no existen las aventuras, un poco de discernimiento.

Desgraciadamente, el discernimiento contaba entre las muchas ventajas de las que más carecía Baltasar. Faltábale éste al igual que el espíritu de observación, así como el poder de analizar, como la facultad de ver claro en él, como el sentido de la realidad, y como otras cualidades en extremo útiles.

El ciego Baltasar no disponía otro guía para conducirse más que de un corazón ardiente de ternura, un corazón del que había ahogado los latidos, por miedo de sufrir demasiado con él, bajo el peso de la filosofía cotidiana, y que despertaba de pronto a la imprevista llamada de dos padres decapitados y de dos madres desconocidas...

## CAPÍTULO V

«El dedal de plata» y «Los leones del Atlas».

ANTIGUOS fosos se abren bajo los jardines en cuesta que dominan las casas viejas y grises.

Estatuas, flores, rectángulos de verduras, he ahí lo que Baltasar y Calabacita divisaron desde lo alto de los paseos que dominan por un lado la pequeña villa de Gournay.

Volvió a leer el informe de la Agencia X Y Z:

“Caballero... Adjunto le rogamos halle los resultados de las investigaciones que hemos llevado a cabo a petición de usted con el único dato del disgusto que dividió al conde Teodoro y a la familia de Coucy-Vendôme, a causa de la señorita Ernestina Henrioux. Esta señorita, natural de una aldea próxima al castillo, fué abandonada al fin por el conde